



CAPÍTULO XII.

El segundo misterio glorioso: La Ascension de Nuestro Señor Jesucristo á los cielos.

I.

QUOVO el Señor cuarenta dias resucitado sobre la tierra en familiar comunicacion y trato con su Madre santísima, sus apóstoles y discípulos. Empleó este tiempo el divino Maestro en instruir á los apóstoles acerca de la fundacion ó establecimiento y propagacion de la Iglesia; como celestial Arquitecto les trazó y describió el plan, les enseñó los medios de cómo debian organizar en la tierra este reino suyo, que llamamos la Iglesia. Dióles plenos poderes para enseñar y gobernar el

mundo, hasta el punto de asegurarles que la potestad que les daba era la misma que á Él le habia dado el eterno Padre, al venir á la tierra, y que la gracia divina, dócil á su voluntad, seria por ellos administrada. En semejantes conferencias pasaron los cuarenta dias, hasta llegado aquel en que habia determinado subirse al cielo. Acompañado de santa y numerosa comitiva se dirige al monte Olivete, es decir, á aquel monte en que habia pasado la tremenda agonía y sudor de sangre en la noche antes que fuese crucificado, para que aquel lugar que fué testigo de su abatimiento hasta caer postrado en tierra, lo fuese ahora de su exaltacion, viéndole atravesar los aires, y subir á los cielos sirviéndole de triunfal carro una nube. Allí, en aquella cima de montaña, antes de partirse de esta tierra en cuanto á su presencia corporal visible, da á sus discípulos posesion de todo el mundo constituyéndoles príncipes del mismo, y confirma este acto de su soberano dominio en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Se despide de todos los discípulos con tiernas palabras, saluda á su Madre, y dándoles la bendicion comienza á subir por los aires

hacia el cielo su divino Conquistador, el Vencedor de la muerte y del pecado, el Salvador de los hombres, el Reparador de la gloria divina. Nunca caudillo alguno vencedor habia hecho su entrada triunfal en ninguna ciudad terrena con tanta gloria, como este divino Capitan cuando entró en la ciudad celestial. La humana naturaleza en su persona es honrada hasta el más alto punto, y bien con la santa Madre Iglesia podemos como alegrarnos del pecado, que dió motivo á que la naturaleza humana fuese elevada hasta el mismo trono de la Divinidad. Sí, alma cristiana, esta misma naturaleza tuya, esta carne de Adán de que tú y todos los demás hombres andais vestidos, en la persona del Hijo de Dios, en nuestro Señor Jesucristo, es ascendida á una dignidad divina, y brilla en los cielos con los mismos resplandores de la Divinidad. Conoce, pues, oh cristiano, tu dignidad y nobleza, y si antes pudo decir un Profeta que la naturaleza de los hombres era poco menos que la de los ángeles, ahora tú puedes con toda razon decir que, reparada por Cristo la descendencia de Adán, es superior á todas las jerarquías angélicas, ya que el nuevo Adán,

el primogénito de la humanidad y cabeza de ella, lo es al propio tiempo de todos los ángeles, quienes le adoran y sirven y le reconocen un soberano dominio. Exalta tu espíritu con la consideracion de esta verdad de nuestra fe católica, y al contemplar en el altísimo cielo tu naturaleza indisolublemente unida con la naturaleza divina, y ocupando ambas un mismo solio de gloria y majestad en la persona de nuestro Señor Jesucristo, postrado en tierra, oprimido por el mismo peso de la grandeza de la magnanimidad divina hacia el hombre, hazle solemne y formal protesta de que jamás te separarás de Dios, de que jamás tu libre albedrío separará lo que la gracia divina ha unido, es decir, tu corazón y tu alma purificados por los Sacramentos de Cristo, del Espíritu de Dios que en ellos late.

Considera en este misterio el fin y término de todos los misterios y pasos de la vida terrena de Cristo, el complemento y remate de su mision entre los hombres, y como el triunfo definitivo de aquella larga y sangrienta lucha entre el bien y el mal, entre Satanás y Dios, cuyas fuerzas parecian equilibradas, hasta que vino del cielo nues-

tro invicto Caudillo para humillar y destruir la diabólica potencia, y exaltar y enarbolar en la tierra el signo de su dominio en las almas, el cetro con que perpetuamente regirá á sus elegidos, la santa cruz, que no podrán derribar todos los esfuerzos, astucias y violencias de sus perpetuos enemigos. Este es el misterio de la glorificación de Dios y de la glorificación del hombre; queda establecida entre Dios y el hombre una verdadera solidaridad; la gloria del uno es gloria del otro, y por lo tanto, quien toca al hombre y le perjudica, toca y perjudica al mismo Dios, el cual, si un día le lanzó del paraíso terrenal, hoy, no sólo le da entrada en el paraíso celeste, sino que le sienta en su mismo trono, en la persona del Hombre Cristo Jesús.

II.

¿Qué virtudes debes aprender á practicar en este tan levantado misterio del santo Rosario? Considera que todo el proceso y continuación de la vida de Cristo, y aún su misma venida al mundo, se dirigieron y encaminaron y tenían por fin alcanzar esta subli-

mación á la gloria de la sagrada Persona de nuestro Señor Jesucristo. Tal debe ser para el cristiano el fin de todas las observancias y prácticas religiosas, y el objeto que se proponga al ir en seguimiento de Cristo profesando su santa Religión; el alcanzar una vida celestial y divina, pisando noblemente la vida mundana en la que andan sumergidos los desgraciados hijos de Adán, que no saben revestirse del espíritu de Cristo. No deja de ser muy difícil el cumplimiento de esta empresa. El mundo continúa teniendo sus alicientes y atractivos para el discípulo de Cristo; el demonio ataca, tal vez con preferencia, al cristiano, es decir, al que se alistó bajo la bandera de la cruz, que al que ya tiene sujeto bajo su ignominioso yugo, y del cual tiene tranquila posesión; la misma gracia divina que santifica la persona, no endereza de repente las torcidas inclinaciones que en Adán contrajo la naturaleza humana; quiere Dios que la virtud sea en parte producto de nuestra labor, á fin de que así pueda ser más justa y espléndidamente galardónada. Mas al ver, cristiano, á la naturaleza humana, en la Persona de Cristo, triunfante de todas las dificultades, destru-

yendo todos los obstáculos, y alcanzando una victoria completa, animate tú también, y espera, que no te faltará nunca la gracia necesaria para vivir en la tierra, no á la manera sensual con que viven los que no saben levantar su corazón más arriba de las cosas materiales, y de lo que alcanzan los sentidos, sino que llegarás á mirar con indiferencia lo que locamente se disputan apasionadamente los mundanos, y colocarás tu felicidad en la modesta y oculta vida cristiana, despreciable á los ojos del necio, pero fecundísima para la gloria de Dios, el provecho propio y la utilidad del prójimo. Nada hay difícil para el cristiano que se apoya en la gracia; Dios se le hace su auxiliar, y entonces exclama con aquellas palabras de san Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*

III.

Vuelve ahora tus ojos hácia aquella bienaventurada Señora, la Virgen María, y contéplala en este misterio de la Ascension de su Hijo al cielo. Glorioso fué también para

ella este paso; pero no en la misma medida que para su Hijo. Éste se iba á los cielos á gozar ya de la victoria; María continuaba en el mundo y debía todavía proseguir la dura batalla, y aún ser como la que dirigiese los primeros pasos de esta que podemos llamar milicia de Cristo, la santa Iglesia, sobre la tierra. La Iglesia pasó su infancia en el maternal regazo de María; constituida esta misericordiosa Señora, por autoridad de Dios, en Madre de los fieles, empezó á prestarles las dulces utilidades de la maternidad ya en esta vida, y mayormente desde que Jesús se subió á los cielos. La madre recoge toda la autoridad doméstica en ausencia del padre, y esta Madre espiritual de los cristianos, extendía sus tiernos cuidados á todos los convertidos á la fe de Cristo, que venían á formar la gran familia cristiana. La tradición nos explica varios casos de este mutuo amor entre María y los que se convertían á la fe de su Hijo, y entre ellos es célebre la expresión que se atribuye al ilustre san Dionisio, individuo del Areopago de Atenas, convertido por san Pablo, el cual, al ver por primera vez á la Virgen María, Madre del Salvador, en su propia presencia corporal, exclamó

lleno de la más profunda admiración y reverencia: «Diría que es la misma Divinidad, á no estar cierto de que la Divinidad es una.»

No ha cesado la maternal solicitud de María para con los cristianos, por lo cual tú, alma mía, redobla hácia ella tus humildes plegarias, y al encontrarte, á veces por permission divina, como huérfano en este valle de destierro, repite con fervor las saluciones del Rosario, y ten por seguro que, dócil á tus clamores, vendrá á socorrerte, y será para contigo vida verdadera y fortificante dulzura.



CAPITULO XIII.

El tercer misterio glorioso: La Venida del Espíritu Santo.

I.

UNTERESANTÍSIMO misterio de la Religión cristiana, y como la consagración de ella, es la venida del Espíritu Santo. Cuando un ara, un altar, un templo ó un hombre, son dedicados y consagrados al culto y servicio de Dios, se les unge con óleo santo, y aquella unción es la señal exterior de que Dios toma aquellas cosas ó personas como suyas; pues la venida del Espíritu Santo sobre la congregación de los Apóstoles y de varios fieles seguidores de Cristo, presididos por la Virgen María, retirados en un cenáculo de Jerusalem, es la con-